EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA CATÓLICA

SOBRE LOS

DOGMAS DE LA RELIGION.

LIBRO DECIMO.

SOBRE

LA NATURALEZA, EXISTÉNCIA, NECESIDAD, CONDICIONES Y EFECTOS DE LA GRACIA,

Y SU ACCION SOBRE LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA.

cd. c. tomo 2. pagina 329.

INTRODUCCION.

EN el precedente libro hemos visto cómo la Iglesia tiene una autoridad divina, un ministerio instituido por el mismo Jesucristo, y una accion permanente en el cuerpo de los fieles: tambien hemos visto cómo el objeto final de la Iglesia católica es la salvacion de los hombres; cómo fuera de ella nadie puede salvarse, y esto precisamente, porque fuera de ella no existen las llaves del reino de los cielos, ni el ministerio augusto que reconcilia, purifica y santifica la tierra. La accion de este ministerio es exterior, pero entraña siempre una virtud interna que obra sobre el espíritu inmediatamente, y mediatamente sobre el cuerpo: que salva á la naturaleza de su debilidad y le otorga un poder suficiente para elevarla hasta el cielo; una virtud que ha realizado esos grandes prodigios que admiramos en los justos de todos los siglos, que ha creado ese heroismo de la virtud á donde nunca hubiera tocado por sí la naturaleza; que ha unido estrechamente con los vínculos de la caridad la tierra con el cielo. Esta virtud es la gracia. La gracia es la que ha salvado al mundo; la gracia es la que introduce al hombre en el cuerpo de la Iglesia; la gracia es la que le levanta del sepulcro del pecado, por medio de la penitencia, es la que consagra la sociedad instituyendo el matrimonio, y crea esa tribu sagrada destinada exclusivamente á las funciones del sacerdocio; la gracia, en suma, y para servirnos de la expresion de nuestro manual catecismo, "es un ser divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria," cuyos efectos sobrenaturales se anuncian en la voluntad y el poder de hacer obras satisfactorias y meritorias á los ojos de Dios; que Dios concede á la oracion humilde y fer-

vorosa, comunica con los sacramentos, robustece y aumenta con la cooperacion de las virtudes. Para profundizar pues mas y mas este dogma sublime de una Iglesia en la tierra, es necesario acercarnos á ese laboratorio divino de virtud y de santidad; es necesario venir á ver la cuna de los santos y las glorias del sepulcro; es necesario presenciar con los ojos de la fe la accion permanente, eficaz y fecunda de esta gracia que Jesucristo distribuye á los hombres por las manos de su esposa la Iglesia. Nada pues mas natural que hablar de esta accion de la gracia sobre los miembros de la Iglesia, despues de haber hablado de la Iglesia misma considerada en sus caracteres, en su autoridad, en sus miembros y en su administracion; tal es el objeto de este libro. Para exponerle de una manera metódica conviene fijar primero la nocion de la gracia; manifestar en seguida sus caracteres propios; probar su existencia, demostrar su necesidad, señalar sus medios de comunicacion, fijar las condiciones que pone á la naturaleza para realizar sus designios, enunciar los bienes diversos que comunica y pintar sus efectos en el individuo, en la familia y en la sociedad. La gracia está en frente del pecado como un enemigo en frente de su enemigo, disputándole la posesion del espíritu; y no hai medio; el hombre ó está en gracia, ó está en pecado. La gracia pues obra siempre contra el pecado, ya perdonándole, ya precaviéndole, ya repasándole; y he aquí porqué el dogma de la gracia entraña necesariamente este artículo de nuestro símbolo: "el perdon de los pecados." Visto pues el órden que nos proponemos seguir en el presente libro, entremos en materia.

CAPITULO I.

NOCION DE LA GRACIA.

"Esta palabra *gracia*, dice Bergier en el artículo respectivo de su Diccionario de Teología, tomada en general, significa un don que Dios concede á los hombres por pura liberalidad, y sin que hubiese precedido mérito alguno por su parte, bien sea que mire á la vida presente, ó que se refiera á la vida futura."

"Los teólogos distinguen primeramente las *gracias* del órden natural de las *gracias* sobrenaturales. Por las primeras se entienden las que nos vienen del Creador, como la vida, la conservacion, las buenas cualidades de alma y cuerpo, como un entendimiento recto, un gusto é inclinacion natural á la virtud, &c. Pero no son estas las que se llaman *gracias* con propiedad, aunque sean beneficios que merecen nuestro reconocimiento. Los pelagianos usaban de un equívoco llamando gracias á los dones naturales."

"En el órden sobrenatural se entienden por *gracias* todos los auxilios y medios que pueden conducirnos á la vida eterna: de estas hablan principalmente los teólogos cuando tratan de la *gracia*."

"En este sentido la definen en general, un don sobrenatural que Dios concede gratuitamente por los méritos de Jesucristo á las creaturas racionales para conducirlas á la vida eterna. Esta definicion se aclara mas y mas, distinguiendo las diferentes especies de *gracias*, añadiendo á cada una de ellas las convenientes reflexiones."

"Se dividen primero en *gracias* interiores y exteriores. En estas se comprenden todos los auxilios externos que pueden mover al hombre á hacer bien, como la lei de Dios, las lecciones de Jesucristo, la predicacion del Evangelio, las exhortaciones, los ejemplos de los santos, &c. Los pelagianos no reconocian sino esta especie de *gracias*, además de los dones naturales de que hemos hablado. La gracia interior es la que mueve interiormente al hombre, inspirándole buenos sentimientos, santos deseos, piadosas resoluciones, &c. Cuando se dice en la Sagrada Escritura que Dios maneja los entendimientos y los corazones, que los cambia, los convierte, los abre y les da la voluntad, &c., esto no puede entenderse de una operacion puramente exterior. Por otra parte, sentimos por nuestra propia experiencia que Dios nos inspira pensamientos y deseos que no vienen de nosotros mismos."

"Entre los dones sobrenaturales hai algunos que se conceden directamente para utilidad y santificacion del que los recibe; los auxilios interiores que acabamos de explicar todos son de esta especie. Los hai tambien que se conceden principalmente para la utilidad de los demas, como el don de lenguas, el espíritu profético y el poder de hacer milagros. Estos dones en nada contribuyen á la santidad del que los tiene; pero le hacen mas capaz de trabajar con fruto por la salvacion de sus hermanos. Llaman los teólogos á los dones de esta especie *gracias gratis datas*, y llaman *gracias gratum facientes* á los otros dones sobrenaturales, porque todo beneficio que puede hacernos mejores, tiende tambien á hacernos mas agradables á Dios."

"Se divide tambien la *gracia* en *actual* y *habitual*. Esta segunda se llama tambien justificante y santificante, y se concibe como una cualidad que reside en nuestra alma, que nos hace agradables á los ojos de Dios y dignos de la felicidad eterna; contiene tambien las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo; es inseparable de la caridad perfecta y permanece en nosotros hasta que nos priva de ella el pecado mortal."

"Entienden por gracia actual una inspiracion pasagera que nos inclina al bien, una operacion de Dios que ilustra nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad para hacer buenas obras, cumplir nuestros deberes y superar las tentaciones. Esta es la especie de *gracia* de que se trata en las disputas que dividen á los teólogos sobre esta doctrina."

"Como desde el pecado de Adan quedó nuestro entendimiento oscurecido por la ignorancia, y nuestra voluntad debilitada por la concupiscencia, sostienen los teólogos que, para hacer un bien sobrenatural, no solamente necesitamos que Dios ilustre nuestro entendimiento con una iluminacion repentina, sino que tambien excite y mueva nuestra voluntad con una mocion indeliberada. La *gracia actual* consiste en estos dos puntos. Algunos teólogos piensan que Adan, ántes de su pecado, solo necesitaba de la primera, y la llaman *gracia de salud* ó dada al sano; llaman *gracia medicinal* á la que reune los dos auxilios de que el hombre necesita en la actualidad. San Agustin sostiene la necesidad de la última contra los pelagianos."

"Si consideramos el modo con que la *gracia* obra en nosotros, si nos previene se llama *gracia preveniente* ú *operante*; si obra con nosotros ó de acuerdo y junto con nuestra operacion, ó nos auxilia para concluirla, se llama *cooperante* ó *subsiguiente*."

"La *gracia actual operante* se divide en *eficaz* y *suficiente*. La primera es la que obra cierta é infaliblemente el consentimiento de la voluntad, y por consiguiente, el hombre nunca la resiste, aunque en realidad puede resistirla. La segunda es aquella que da á la voluntad bastante fuerza para obrar el bien, aunque el hombre puede resistirse á ella, y efectivamente se resiste muchas veces, haciéndola *ineficaz* por su resistencia."

CAPITULO II.

CARACTERES PROPIOS DE LA GRACIA.

Tal vez parecerá extraño que, siendo la gracia uno de los misterios mas impenetrables de nuestra fe, hayamos consagrado un capítulo de este libro á exponer sus caracteres propios; mas tal extrañeza desaparecerá cuando se reflexione que no es necesario penetrar en la esencia real de las cosas para adquirir ciertas nociones fundamentales que sirven para conocer su objeto, aunque misterioso, y distinguirle perfectamente de las demas. En este sentido la razon humana bien dirigida se aprovecha de la revelacion misma, la estudia y ejerce sobre ella una accion que sin ella no habria podido ejercer. La naturaleza intrínseca de la gracia, el modo particular de su accion sobre la voluntad, su concordia con la libertad humana, &c. &c., son puntos que Dios reserva en los profundos secretos de su sabiduría para ejercitar nuestra fe y ameritar nuestros sacrificios: seria inconsecuencia temeraria é infructuosa tarea el empeño de romper estos diques á fin de introducirse en estos abismos sacrosantos de nuestros misterios religiosos. No: considerando la gracia en sus relaciones con la naturaleza, atendiendo á que una y otra influyen en el hombre, y recelando con justicia que una falta de instruccion diese márgen al entendimiento para confundir dos cosas tan diversas, y abriese una brecha de seduccion al genio de la incredulidad en el espíritu de los pueblos, nos ha parecido conveniente detenernos un tanto en la consideracion de esto que llamamos caracteres propios de la gracia y que no es sino una nocion aproximada, pero suficiente, para no confundir sus efectos con las obras de la simple naturaleza. Esto supuesto, decimos que la gracia tiene un carácter divino en su esencia, sobrenatural en su accion y santo en sus efectos; triple carácter que basta para distinguirla de la naturaleza, cuya esencia es humana, cuya accion es natural, y cuyos efectos son, por su estado de decadencia, tendencias al mal.

El padre Ripalda, en su sabio catecismo define la gracia "Un ser divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria." Sirviéndose de la palabra *Ser* toma el temperamento justo que nos coloca entre las luces de la razon y las sombras del misterio. No definiendo este ser por lo que en sí mismo sea, pero asegurando su existencia, tácitamente nos manifiesta que no debemos empeñarnos, porque

seremos temerarios y llegariamos á desertar de la fe, en pretender conocer intrínsecamente este ser, saber lo que es, como es, &c., &c. Pero diciendo con seguridad que la gracia es un ser, entraña en esta enunciacion la certidumbre y la profesion religiosa de su existencia. Sin embargo, resta saber cuál sea el carácter de este ser, pues sin esto no podriamos tener una idea de la gracia. El ser es la expresion mas general y mas abstracta de cuanto puede caer bajo el dominio de la inteligencia y de la fe. Mas allá del ser no hai mas que la nada, y la nada es lo que no es, la nada es la negacion del ser. Mucho es afirmar que la gracia es un ser; porque los herejes y los incrédulos dicen que la gracia no es nada; pero es preciso echar una ojeada sobre el gran cuadro del ser, para descubrir la localidad que en él está ocupando la gracia. Pues bien: todo cuanto existe, todo cuanto ha existido es ser; pero este gran conjunto de seres está en dos regiones distribuido: en una está el Ser increado y cuanto le constituye, y cuanto de él emana y en él reside; en la otra está el ser creado, que tuvo principio, que está sujeto al tiempo y que ha de tener un término. Por esto el Profeta Rei, queriendo fijar la gran diferencia entre estos dos órdenes de seres, entre el ser necesario y el ser contingente, se convierte á Dios y le dice: "Tú, Señor, fundaste la tierra en el principio, y obras son de tus manos los cielos. Ellos perecerán; pero tú vivirás siempre." Hablando, pues, de la gracia, no basta decir que es un ser, sino caracterizarlo en este mismo sentido, y por esto el padre Ripalda, no contento con decir que la gracia existe, ó lo que es lo mismo que un ser, se sirve de la palabra *divino*, que no pudiendo convenir jamas al ser creado, basta para no confundirlo nunca con la simple naturaleza. ¿La gracia es un ser? Luego la gracia no es la nada: luego la gracia existe; luego la gracia es una cosa real y no un objeto quimérico. ¿La gracia es un ser divino? Luego no es un ser humano; no es un ser natural, no es el hombre, no es lo que piensa el hombre, no es lo que imagina el hombre, no es lo que crea el hombre, no es la obra del hombre. Llegando aquí queda tirada la línea que separa la gracia de la naturaleza, y en esto nos fundamos para decir en primer lugar, que la gracia tiene un carácter divino en su esencia.

El segundo carácter de la gracia consiste en su accion sobrenatural: esto quiere decir que la gracia no obra como la naturaleza, que su accion no es un hecho simplemente sicológico, no es un hecho humano, no es un hecho de aquellos que están sujetos á la luz de la inteligencia y al imperio de

la voluntad. La gracia es esencialmente activa, pero su accion es esencialmente sobrenatural. Este segundo carácter constituye la primera diferencia, ó para mejor decir, la diferencia que unida con el género caracteriza el objeto que se define. Sábese mui bien que una definicion tiene un oficio propio. ¿Cuál? Dar á conocer el objeto que se define: para definir bien un objeto es necesario manifestar lo que tiene de comun con otros, y lo que tiene de propio y le distingue de ellos. Pues bien: la gracia tiene de comun con la naturaleza el ser, y tiene de particular lo divino. Mas como no basta distinguir estas dos grandes ideas, sino que es necesario distinguir lo que todavía podria tener de confuso la gracia considerada como un ser divino, puesto que el Ser Divino es Dios, el ser divino es la gracia, el ser divino es cualquiera de los atributos de Dios, &c., &c., es necesario decir además qué clase de ser divino es la gracia. Mas no pudiendo apelar para esto al exámen de su naturaleza intrínseca, nos suplimos con la idea de sus operaciones extrínsecas, y por esto nuestro catecismo ha dicho que el objeto de este ser divino es el hacernos hijos de Dios y herederos de su gloria. Si nos hace hijos de Dios, obra: luego ejerce una accion. Solo resta, pues, caracterizar esta accion. El principio de la accion está en el espíritu, está en el ser que piensa y quiere, pues el movimiento de la materia no es un movimiento propio, porque la materia es inerte. Véamos, pues, si esta accion, que nos hace ser hijos de Dios, parte de la naturaleza, ó emana de lo que está sobre la naturaleza. Seria ridículo empeñarnos en demostrar que la naturaleza no puede producir esta filiacion. ¿Cómo la naturaleza humana nos haria la filiacion divina y la herencia del cielo? Luego no estando esta accion en la naturaleza, es esencialmente sobrenatural.

El apóstol San Pablo, en el capítulo VIII de su epístola á los Romanos, desenvuelve el dogma católico de esta filiacion sobrenatural de una manera sublime. ¿Quiénes son los hijos de Dios? Los que llevan la vida de Dios, los que se muestran deudores al espíritu y no á la carne; porque el que vive segun la carne morirá, mientras que el que vive segun el espíritu vivirá. Si pues la contraseña de la vida en Dios es la vida del espíritu, y si esta vida del espíritu es el verdadero carácter de los hijos de Dios, es claro que esta filiacion divina no puede ser obra de la naturaleza humana. "Los que obran segun el espíritu de Dios, estos son los hijos de Dios:" es así que no todos los que tienen la vida de la naturaleza obran con el espíritu de Dios: luego no es la natu-

raleza sino una cosa que está sobre la naturaleza, la que nos hace ser hijos de Dios. Habeis recibido el espíritu de adopcion de hijos . . . . , y este mismo espíritu viene á dar á nuestro espíritu en testimonio de que somos hijos de Dios. Luego fuera de nuestro espíritu, fuera de nuestra alma, fuera de nuestro ser natural, hai otro espíritu: ¿Cuál? El espíritu de adopcion, puesto que este, como dice el Apóstol, sirve á nuestro espíritu de testigo de que somos hijos de Dios.

Resulta de lo expuesto, en segundo lugar, que la gracia tiene una accion esencialmente sobrenatural, puesto que nos hace ser hijos de Dios. Nosotros fuimos creaturas de Dios en Adan, y lo somos en nuestro propio ser, y fuimos tambien sus hijos en Adan inocente; pero de hijos de bendicion, de hijos reconocidos, de hijos favorecidos, de hijos destinados al cielo pasamos en el mismo Adan, ya pecador, á ser hijos rebeldes, hijos malditos, hijos desheredados del cielo y expatriados del paraiso, esto es, destituidos al mismo tiempo del derecho y de los medios de ser eternamente venturosos, pues ya desde entónces el mundo sustituyó al paraiso, el crímen á la inocencia y el infierno al cielo. ¿Qué era, pues, necesario para volver á ser hijos de Dios? Era necesario la redencion Ya hemos hablado de ella, y ahora dirémos que si volvimos á ser hijos de Dios y herederos del cielo, fué precisamente por Jesucristo, sin el cual nuestra perdicion seria inevitable. Jesucristo, tomando nuestra naturaleza, se dignó llamarse hermano nuestro, y con este carácter vivió entre nosotros, padeció por nosotros y murió por nosotros, para que esta vida preciosa, este sacrificio hecho por un hombre que es Dios, tuviese un valor infinito, un valor proporcionado á la inmensa deuda de la culpa. Por eso el evangelista San Juan, hablando de Jesucristo, dice: "que estaba lleno de gracia y traia la plenitud de la gracia." Y por esto Jesucristo mismo, aludiendo á la grande obra de adquirir el reino de los cielos, dijo á sus apóstoles: "Sin mí nada podéis hacer." Concluyamos, pues, de lo dicho, que esta accion de la gracia, por la cual somos hijos de Dios, es esencialmente sobrenatural.

Hemos visto que la gracia es divina en su esencia, y sobrenatural en su accion: réstanos ahora ver como es esencialmente santa en sus efectos. La santidad está tomada aquí, no en el sentido vago que le dió la historia en los tiempos precedentes á Jesucristo, no en ese sentido legal que da un carácter inviolable á las instituciones humanas, sino en ese sentido propio con que la consagra la Iglesia católica como un carácter de inocencia conservada ó restaurada, como un carácter de pureza, como la expresion misma de la virtud y la justicia.

Por esto conviene tomar el hilo de las consecuencias que encontramos indicadas en la expresion del apóstol. San Pablo nos ha dicho que "el carácter propio de los hijos de Dios es la vida del espíritu." En otro lugar dice tambien: "Yo siento interiormente dos leyes en mí, una lei del espíritu que me llama á lo bueno, y una lei de la carne que me arrastra á lo malo." Ved, aquí, pues, en esta doble accion los caractéres propios de estas dos vidas: el mal, efecto de la vida de la carne; el bien, cualidad propia de la vida del espíritu. Precisemos aún á su objeto final el movimiento lógico de esta idea. Hemos dicho que la gracia es santa en sus efectos. ¿Cómo lo explicarémos? No abandonando la pauta magnífica de nuestro catecismo manual. "¿Qué bienes nos vienen con esa gracia? El poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias." Satisfacer por el pecado y merecer el cielo: he aquí la gran tarea de la vida del espíritu, el gran resúmen de la perfeccion moral: sin satisfaccion no hai nada; sin merecimiento no hai premio; mas perdonado de su culpa y ameritado para la eternidad, el hombre lo ha conseguido todo; nada mas puede apetecer. Pues bien, la posesion de la bienaventuranza exige primero, una tendencia de la voluntad á la satisfaccion y al merecimiento; este es el querer: segundo, una capacidad del espíritu para realizar lo que se quiere; este es el poder. En el querer y en el poder vemos entrañada la accion de la gracia: en el hacer lo que se puede y quiere, vemos de bulto sus efectos. Luego la satisfaccion y el merecimiento son los efectos de la gracia: en el hacer lo que se puede y quiere, vemos de bulto sus efectos. Luego la satisfaccion y el merecimiento son los efectos de la gracia. ¿Qué obra la primera? La satisfaccion. ¿Qué es la satisfaccion? La santidad recobrada por la penitencia. ¿Qué obra la segunda? La fuerza y la santidad. ¿Porqué? Porque no es de Dios el que no es segun Dios; no merece á Dios el que no le imita en cuanto es dado imitarle. ¿Qué importa, pues, el merecimiento? La dignificacion de la naturaleza humana á los ojos de Dios, la restauracion de la semejanza del hombre con su Dios. Y ¿cómo se llama esta restauracion? Santidad. Oigamos á Dios mismo: "Sed santos, supuesto que yo soi santo." Queda, pues, demostrado que la gracia tiene, además de lo dicho, el carácter de ser esencialmente santa en sus efectos.

Siendo, pues, la gracia divina en su esencia, sobrenatural

en su accion y santa en sus efectos, quedan expuestos aquellos caracteres que podemos conocer y nos bastan para distinguirla de la naturaleza.

CAPITULO III.

EXISTENCIA DE LA GRACIA.

La creacion y la conservacion del hombre son dos grandes hechos que abraza la historia de la gracia en el órden puramente natural. El hombre no habria existido jamas, si no hubiera sido creado; no habria sido creado, si Dios no existiese, ó existiendo, no hubiese querido espontáneamente sacar al hombre de la nada. Dios creó al hombre: he aquí un hecho en que se hallan enteramente de acuerdo la revelacion y la razon, la teología y la filosofía, la inteligencia y la fe. He aquí la primera gracia natural. Dios creó todas las cosas que existen, para beneficio del hombre, el universo todo: he aquí otro hecho sobre que están de acuerdo igualmente la revelacion y la razon, y una gracia tambien, aunque natural, pues que sin el auxilio de los otros objetos, el hombre pereceria. Considerado el órden puramente natural, Dios quiso que el hombre se propagase por la generacion de la especie, y á fin de que esta grande idea tuviese una garantía completa en la naturaleza misma, grabó en el corazon esos sentimientos indelebles é intensos del amor conyugal, del amor paternal, del amor filial, del amor fraternal, los cuales, en el órden de la naturaleza, vienen á ser como el alma que anima el cuerpo de las familias. He aquí un tercer órden de gracias naturales que solo dejan de existir en la depravacion absoluta, en la barbarie completa, esto es, en la muerte moral de la naturaleza.

Dios conserva al hombre y á todos los seres que creó para el hombre: he aquí un hecho que debe reconocer todo el mundo á la vista de lo existente; porque si los seres de que se trata, no son entes necesarios, no son dioses que existan por la necesidad de su naturaleza, claro es que la continuacion de su existencia presupone una fuerza conservadora, que no es sino la accion consecuente de la bondad del Creador, manifiesta un órden de beneficios de mui alta estima, sin salir por esto del órden de la naturaleza. Ellos bastarian, en defecto de otras de mas elevada gerarquía, para humillar al filósofo soberbio, que no desdeña la revelacion y el

misterio religioso sino por independerse del cielo: porque no puede dar un solo paso sin sorprender la cadena con que Dios liga los mundos, ni echar á ninguna parte sus ojos sin ver colocada la mano de Dios sobre la misma naturaleza; pues esta es por sí sola un argumento vivode la existencia de esa accion liberal, fecunda, constante y divina, que revela una Providencia de Dios sobre los hombres, aun en el órden de lo puramente creado. Pero dejemos este órden, para entrar con la meditacion en ese mundo invisible, pero palpable, donde se hace sentir constantemente el Dios escondido, el Dios de los misterios, desarrollando su inmenso poder sobre todo el hombre relativamente á sus destinos inmortales: vengamos á la gracia propiamente dicha, á la gracia que realiza la felicidad eterna.

Las gracias exteriores, es decir, todos los auxilios externos que pueden mover al hombre á hacer el bien, de manera que labre su felicidad eterna por la práctica de la virtud, tienen, no solamente la prueba metafísica, sino tambien la prueba física y material; tienen una institucion antigua, constante, permanente y universal, y por testigos á todos los hombres. La lei de Dios, las lecciones de *Jesucristo*, la predicacion del Evangelio, las exhortaciones, la vida ejemplar de esos hombres á quienes la Iglesia no ha colocado en el catálogo de los santos, sino porque, acrisolando su vida en todas pruebas, los ha reconocido como unos modelos perfectos de virtud: todas estas cosas son tan visibles, que sus pruebas se identifican con las de la historia misma en todas sus ramificaciones, y principalmente en sus dos grandes categorías, de lo pasado y de lo contemporáneo. No debemos, por tanto, insistir demasiado en una prueba innecesaria bajo todos aspectos, por lo que acaba de decirse. Vengamos, pues, á la gracia interior.

Esta tiene por pruebas el sentimiento, la tradicion y la autoridad. La gracia interior, esto es, la que mueve interiormente al hombre, inspirándole buenos pensamientos, santos deseos, piadosas resoluciones, &c., &c., es una cosa de que puede dar testimonio cualquier hombre de mediana razon, que habiendo advertido lo que pasa en el fondo de su alma, revele con sinceridad sus propios sentimientos. ¿Quién, durante su vida, no ha sorprendido, aun en el sueño mismo en que le sepultan los placeres delincuentes, y hasta en el torbellino de las pasiones mas agitadas y feroces, esa voz interior y solemne que protesta contra el vicio y clama por los fueros y los derechos de la virtud? El remordimiento del crímen, el ascendiente de la virtud, la inclinacion hácia

el bien, serian palabras sin idea, voces de mentira, invenciones inexplicables, si no viviesen dentro del hombre mismo el agente que tiende á precipitarle y el ser misterioso, que esforzándose para retraerle del mal, quiere salvarle á toda costa. Raro ha de ser el monstruo que alguna vez en su vida no haya sentido aparecer en su corazon algun sentimiento noble, algun estímulo digno que le impeliese á la virtud. Mas estos sentimientos, que no han faltado al hombre en ninguna época del mundo, han venido á ser históricos y comunes en los tiempos del cristianismo. Toda su historia puede reputarse como la de los efectos de la accion interna de la gracia en el hombre; accion sin la cual serian de todo punto inexplicables los hechos mas gloriosos, las vidas mas ilustres, las trasformaciones mas estupendas que tantas veces ha sufrido el corazon humano.

La tradicion está representada en ese comercio recíproco de sentimientos que han venido á revelarle toda la historia del mundo interior. Los siglos trasladan sus experiencias á los siglos, los hombres á los hombres, y no hai cosa de mas fácil demostracion que la existencia tradicional de esta gracia interna que mueve hácia la bienaventuranza el corazon humano. La historia está llena de sucesos que no reconocen otro principio. Abrid sus páginas; buscad el orígen de tantas conversiones insignes que hacen la gloria del reino de Jesucristo sobre la tierra. ¿Porqué incomprensible magia un Saulo queda repentinamente trasformado en un apóstol; un heresiarca, en un luminar de la Iglesia católica en la persona de Agustin, y un militar divagado, hijo de Loyola, en un modelo perfectísimo de virtudes, en el padre espiritual de una generacion de santos, en el jefe ilustre de una familia inmensa que dió la vuelta al globo, llevando á todas las naciones la fe y la gracia de Jesucristo? ¿Porqué? Por una inspiracion interna, por una voz divina que pronuncia en el corazon el *hasta aquí* de una época de divagacion y de crímen, y el principio de una época de recogimiento y santidad. No multiplicarémos los ejemplos, porque seria necesario trascribir cási toda la historia de la Iglesia, é interpelar á los millones de hombres que descansan en los sepulcros ó habitan la tierra.

En cuanto á la autoridad de la Iglesia, está probada en todos los criterios, y sus testimonios acerca de este punto han venido pasando por todos los siglos.

Entre los dones sobrenaturales hai unos que se reciben para solo edificar á los demás, y hai otros que tienden á la santificacion del que los posee. De estos últimos acabamos

de hablar; y en cuanto á los primeros, que llevan el nombre de *gracias gratis datas*, como son el don de lenguas, el espíritu profético, el poder de hacer milagros, &c., son hechos consignados en la Escritura Santa, cuya verdad y divinidad están probadas filosóficamente, como se ha visto en el sétimo libro de la obra precedente: por lo mismo, no nos ocuparémos aquí en demostrar directamente la existencia de esta especie de gracias.

En cuanto á la gracia actual y habitual, tampoco necesitamos de hacer una nueva demostracion, porque estas especies no miran á la sustancia, sino á la forma ó diverso modo con que la gracia se conserva en el hombre. Sin detenernos, pues, en pruebas de pormenor, concluirémos este punto exhibiendo una prueba general sobre la existencia de la gracia. Esta prueba bastará por sí sola para fecundar el talento en una materia de tan grande importancia; pero ella tiene una extension considerable que demanda ser expuesta con toda separacion, y le consagrarémos por lo mismo todo el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

(Continuacion del anterior.)

PRUEBA GENERAL SOBRE LA EXISTENCIA DE LA GRACIA.

"El hombre ha sido elevado por el Creador á un órden sobrenatural que se reasume en estos tres términos rigurosamente correlativos, los cuales contienen como en gérmen todo el dogma católico de la gracia: primero, el fin último y eterno señalado al hombre consiste en la union íntima con Dios por la vision intuitiva y por el amor beatífico: segundo, el hombre recibe como un medio indispensable para llegar á este fin, un don que le hace desde esta vida participante de la naturaleza divina: tercero, este fin y este medio no son ni pueden ser tampoco el derecho natural de algun ser creado."

"Una doctrina tan elevada y que señala al hombre tan alto destino en esta vida y en la otra, necesitaba sin duda de pruebas irrecusables; porque el hombre debia creerla, y lo que es mas, convertirla en regla constante de su conducta."[1]

1 Encyclopédie catholique, répertoire universel et raisonné, des sciences, des lettres, des arts, et des métiers. Art. *Grace.*

I.

La primera de estas verdades ha sido demostrada en el libro tercero de la obra precedente. Por una serie de raciocinios llegamos á manifestar que Dios es el fin del hombre, y siendo su fin, lo ha de ser de la manera mas conforme á la naturaleza divina y á la naturaleza humana.

El Génesis nos suministra una verdad histórica, y la lógica nos conduce desde el hecho á una verdad filosófica. ¿Cuál es la verdad histórica? Que Dios hizo al hombre á su imágen y semejanza. Esta verdad histórica no puede ser probada sino por el criterio del libro que la contiene, porque los hechos no se prueban sino en el criterio histórico. Ahora bien, en el sétimo libro de la obra titulada *Estudios fundamentales sobre el hombre, &c.*, demostramos lógicamente la autenticidad, verdad, divinidad é integridad de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento: uno de estos es el Génesis, y en él se halla terminantemente referido, que Dios hizo al hombre á su imágen y semejánza. Si pues la mas escrupulosa filosofía no puede bajo ningun aspecto desechar este punto de partida para la demostracion, claro es que nosotros estamos en el caso de proceder á la nuestra, discurriendo sobre el hecho referido, sin el menor inconveniente.

Si Dios hizo al hombre á su imágen y semejanza, es porque le hizo para sí, y por consiguiente, basta saber que el hombre ha sido hecho á imágen y semejanza de Dios, para reconocer en este Ser divino el fin de la existencia humana, como un hecho de la mas forzosa consecuencia; pues lo repetirémos de nuevo, el fin de cada cosa es aquello para lo cual ha sido hecha, y la filosofía no tiene otro medio de saber para qué ha sido hecha cada cosa, que el exámen detenido de su propia naturaleza, esto es, el saber cómo ha sido hecha esta misma cosa. ¿Cómo ha sido hecho el hombre? A imágen y semejanza de Dios: luego el hombre ha sido hecho para Dios: luego Dios es el fin del hombre.

Esta imágen y semejanza determinan con maravillosa exactitud, no solo la consecuencia lógica que acabamos de establecer, sino tambien (nótense estas palabras) la manera única con que dicho fin puede realizarse. Ahora bien, todas las facultades humanas vienen á refundirse, como ya lo hemos demostrado, en el entendimiento y la voluntad: luego en este órden mismo Dios es el fin del hombre: luego la realizacion de este fin se ha de verificar precisamente en el órden del entendimiento y en el órden de la voluntad. ¿A dónde tiende el entendimiento? A la vision eterna. ¿A dónde tiende la voluntad? A la posesion y goce de lo que desea. ¿Cómo puede ser Dios objeto del entendimiento en clase de último fin? Mostrándose al alma en sí mismo, de manera que no le queden á esta ya tinieblas que disipar, ni horizontes que descubrir: he aquí la vision intuitiva de Dios. ¿Cómo puede ser Dios objeto de la voluntad bajo el carácter de último fin? Atrayéndola á una union perfecta, pura, inmortal, esto es, haciendo que se consume en la eternidad el gran misterio de amor que ocupaba la voluntad en el tiempo. Una posesion de esta clase, que hace toda la felicidad del alma, que llena todas las aspiraciones de la voluntad, que excluye todo otro deseo, que no ha de acabar nunca: he aquí el amor beatífico. Luego partiendo de los hechos consignados en los libros santos, y mui particularmente del que nos revela nuestra naturaleza y orígen, puede figurar en la ciencia como una demostracion lógica, que el fin último y eterno del hombre consiste en la union íntima con Dios por la vision intuitiva y el amor beatífico.

II.

Hemos dicho, en segundo lugar, que para tocar el último fin, tal como acaba de exponerse, ha recibido el hombre un don que le hace aun desde esta vida participante de la naturaleza divina. Esta proposicion, cuyos términos enunciativos podrian alarmar de pronto al filósofo, aparecerá mui natural y eminentemente filosófica con solo una sustitucion de términos que no alteren en lo mas mínimo el fondo de la idea. Dirémos, pues, que el hombre para lograr el fin de que se trata, cuenta con medios suficientes y análogos. Sin medios suficientes, habria inconsecuencia entre el pensamiento y la conducta del Creador. ¿Porqué? Porque crear al hombre para cierto fin y rehusarle los medios, seria una manifiesta inconsecuencia: y como esto es esencialmente incompatible con la naturaleza y atributos de Dios, no hai medio entre el ateismo ó el reconocimiento palmario de esta verdad.

Mas no basta que los medios sean suficientes: es preciso que sean análogos, esto es, que estén filiados en la idea del bien. Recuérdese que este fin es la posesion de Dios, que su forma es la vision intuitiva y el amor beatífico de la divinidad; que su existencia es, no la aparicion repentina é inopinada de una cosa heterogénea, de una cosa aislada, de una cosa que no se espera, sino la consumacion de una obra

que se ha trabajado en la vida. Luego es necesario que el fin esté bosquejado, por explicarnos así, en la forma de los medios, que sea de su mismo género; es necesario que los medios sean naturales, propios y eficaces. Es así que, donde no hai analogía no hai naturalidad en la relacion, propiedad en la aplicacion, ni eficacia en el resultado: luego los medios deben ser análogos. Hai mas, los medios están representados en el desarrollo de la naturaleza humana relativamente á su fin: es así que esta naturaleza representa la imágen y la semejanza de Dios en la tierra: luego su desenvolvimiento hace que el hombre en su accion, en su conducta, se asemeje tambien á Dios. Luego está visto que de Dios recibe el hombre, para tocar á su fin último, medios suficientes, análogos, ó como al principio deciamos, un don que le hace desde esta vida participante de la naturaleza divina.

Mas debemos precavernos aquí contra un peligro á donde al parecer nos empuja la misma demostracion. ¿Cuál? El creer que este don, que nos hace participantes de la naturaleza divina, es meramente natural, es la misma naturaleza desarrollándose sin esfuerzo. No: tengamos presente que se trata, no de lo que la naturaleza puede por sí misma, sino de lo que necesita y posee para tocar á su destino; cosa que se conoce desde luego con solo fijarse en los términos de nuestra demostracion. Hemos dicho que ha recibido los medios; y si nos servimos de su naturaleza, es precisamente para manifestar que, siendo esta la imágen y semejanza de Dios, necesita recibir de Dios mismo medios análogos, adecuados, correspondientes á ese gran tipo, esto es, medios sobrenaturales. Bastaba una ligera observacion sobre la naturaleza humana y las fuerzas que suponen las altas virtudes del cristianismo, para reconocer que la necesidad de un órden sobrenatural viene desde el orígen del hombre, es una consecuencia forzosa del mismo órden natural.

III.

Demostrado el fin y los medios, lo queda igualmente la existencia de la gracia. Esta, como su mismo nombre lo indica, es una cosa rigurosamente gratuita; porque sin duda alguna seria el mayor de todos los absurdos imaginar que el hombre, ente contingente, creatura, ser limitado bajo todos los aspectos, poseyese algun derecho sobre Dios. No tiene

ningun derecho, y por consiguiente cuanto recibe es rigurosamente gratuito.[1]

Sin embargo, la gratituidad de la gracia es como uno de los puntos que abraza la demostracion teológica, porque es uno de los dogmas combatidos por los herejes; mas como aquí nos hemos propuesto únicamente demostrar su existencia, basta lo dicho, reservando para su lugar oportuno el tratar especialmente del carácter gratuito de la gracia.

CAPITULO V.

NECESIDAD DE LA GRACIA.

Al fijar los caracteres de la gracia hemos hecho ver que sus efectos en el hombre se reducen principalmente á la voluntad y el poder de hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. El dogma del pecado original con todas sus consecuencias y estos efectos de la gracia pueden considerarse como dos premisas dogmáticas, de donde resulta la siguiente conclusion católica: la gracia es de tal suerte necesaria para que el hombre logre su último fin, que sin ella nadie puede salvarse. En efecto, si el hombre por el pecado original quedó en la mas completa impotencia para realizar su último fin, claro, clarísimo es que necesitaba esencialmente para su justificacion de que interviniese directamente la Divinidad. ¿Cómo interviene la Divinidad en el hombre para salvarle? De dos maneras, como Salvador y como Glorificador: lo primero, "porque da la gracia y perdona los pecados:" lo segundo, "porque da la gloria á quien persevera en su gracia. Por esto, en aquella oracion divina en que Jesucristo nos dió el tema de la oracion, pues que precisamente la hizo para enseñarnos á orar, se encierra esta peticion que por sí sola reasume de una manera sublime todo el dogma de la gracia. El alma penetrada profundamente del sentimiento de su miseria, convencida plenamente de su impotencia para el bien, persuadida cuanto mas no cabe de que sin un auxilio celestial no podrá ser nunca dichosa, pero deseando al mismo tiempo esta felicidad que conoce por la fe y á la cual se inclina por una mocion interior del

1 Este capítulo y el precedente los hemos tomado del Opúsculo nuestro, titulado: "Exámen filosófico sobre las relaciones del órden natural y sobrenatural." Parte segunda, capítulos X y XI.